

LEO DE SILKA

UN ruidoso triunfo que agregar a los numerosos obtenidos anteriormente, ha constituido para el aristócrata artista y donostiarra de corazón, Leo de Silka, el brillante concierto celebrado en La Filarmónica, de Zaragoza.

En los primorosos programas de mano, en que se anunciaba este acontecimiento musical, dedicábanse a nuestro insigne amigo justos y merecidos elogios, que no podemos menos de reproducir en nuestras páginas. Helos aquí:

«*Leo de Silka.*— La Sociedad Filarmónica de Zaragoza, se ve grandemente honrada en esta sesión musical, con la presencia de Leo de Silka.

De linajuda estirpe, aristócrata de la más rancia nobleza vasca, modelo de caballeros, joven, de gran posición social, admirado, querido y respetado de sus paisanos, entre quienes vive, puede decirse consagra su existencia al piano, del que es rey absoluto e indiscutible.

Este entusiasmo por el divino arte le ha llevado a dar audiciones musicales en el extranjero, sin que jamás pusiera en ello miras interesadas, guiado tan sólo por móviles caritativos, para contribuir al alivio de grandes desgracias y ante el afán de rendir culto a sus compositores favoritos Mozart, Beethoven, Schuman, Chopin, etc.

Sus veladas siempre han sido presididas por estas dos elevadas ideas: amor al prójimo, tributo al arte supremo de la música.

La Sociedad Filarmónica no puede menos de manifestar a Leo de

Silka, nombre conocidísimo y popular en el mundo de la música, el más profundo y respetuoso agradecimiento por su noble y desinteresada cooperación.»

Para formarse idea de la importancia artística de esta solemnidad, basta fijarse en el programa:

« *Primera parte.*

- | | | |
|-----|---------------------------|------------------|
| 1.º | Andantino con variaciones | Schubert-Tausig. |
| 2.º | Sonata, op. 31, núm. 2 | Beethoven. |

Segunda parte.

- | | | |
|-----|---------------------------|-------------|
| 3.º | Preludio, op. 104, núm. 1 | Medelssohn. |
| | In der Nacht | Schuman. |
| 4.º | Balada, op. 23 | Chopin. |
| | Nocturno, op. 48, núm. 1 | |
| | Polonesa, op. 44 | |

Tercera parte.

- | | | |
|-----|-----------------------|-----------|
| 5.º | «El Puerto» | Albéniz. |
| | ¡Si oiseau j'étais! | Henselt. |
| | Barcarola | Moszkowki |
| 6.º | «Au clair de la lune» | Debussy. |
| | «Mazeppa» | Liszt. |

Piano gran cola, enviado expresamente por la Casa «Erard», París.»

*
* *

Del éxito inmenso que coronó la labor meritísima del insigne artista donostiarra, se ha hecho en la prensa de Zaragoza y a ella encomendaremos la misión de trasladar a nuestras páginas el eco victorioso del espléndido triunfo obtenido.

Dice así *El Diario de Avisos*, de Zaragoza:

«*La Filarmónica.*— De triunfo en triunfo camina desde que fué fundada la simpática Asociación musical La Filarmónica.

Brillantísimas suelen ser todas las sesiones por ella organizadas y

en las tardes de concierto la sala del coliseo municipal, donde aquéllas se celebran, está hermosísima, llena por completo de damas distinguidísimas, muchachitas bellas y conocidos caballeros, cuyos nombres figuran en las listas de socios de ésta, la más importante sociedad musical.

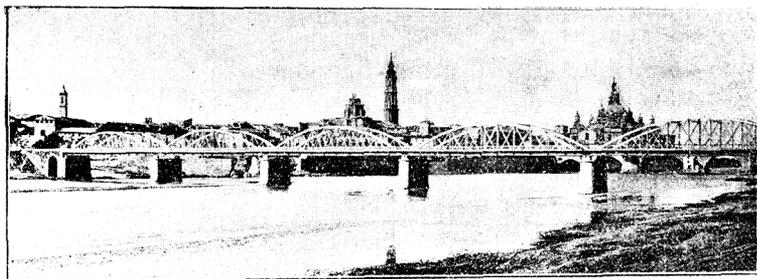
Si brillante aspecto la sala ofrece siempre que concierto hay, ayer superaba en mucho.

No la vimos nunca cual en la séptima sesión del año presente.

Y buen gusto tuvieron los socios en acudir a escuchar al genial y muy eminente «rey del piano» Leo de Silka.

Oculto este pseudónimo el nombre preclaro de un caballero ilustre, de rancio abolengo vasco, finísimo amable, muy querido en la tierra bella que le vió nacer y de ser su patria está orgulloso.

Es inútil ocultar su nombre. Todos saben que el simpático ex al-



ZARAGOZA

calde de San Sebastián, marqués de Roca-Verde, es quien pretende esconderse modesto tras ese pseudónimo.

Lo que el público zaragozano ignora es el por qué de llamarse así el culto aristócrata.

Es un recuerdo que le honra mucho como buen hijo. La madre del marqués — una dama distinguidísima y bondadosa, cuyo nombre jamás olvidan los donostiaras, bendiciéndolo—se llamaba Casilda. Leonardo se llama el marqués. Por eso puso en su pseudónimo *Leo* y en memoria de su madre y con el cambio de una sola letra tomó invirtiéndolas todas las sílabas de aquél, de *Silka*.

Para una buena parte de la sociedad de Zaragoza era ya conocido Leo de Silka. Oyóle tocar la última vez durante el pasado verano. Fué

una tarde agosteña. En el Gran Casino de San Sebastián y a beneficio de las familias sin ventura de los náufragos de Bermeo y de los pobres tuberculosos.

Los Reyes y su séquito de corte, las más nobles familias de la aristocracia española; otras muchas de Zaragoza que en Easo veranean, le escucharon complacidas en el hermoso salón de fiestas y entusiasmas las le prodigaron las más cálidas oraciones.

Ayer en el concierto dado ante nuestro más selecto público, escuchó Leo de Silka otras cariñosas ovaciones; ayer vió unir a damas y caballeros sus manos enguantadas en entusiásticos, frenéticos aplausos. Y, con ser tantos, aun nos parecieron pocos como premio a su portentoso arte, a su labor artística, altamente merecedora de encomio y loa.

El pianista aristócrata es algo más que un gran amateur, es un *virtuoso* del ingrato instrumento, cuyas arduas dificultades domina por completo. Leo de Silka está en posesión de espléndidas facultades físicas que se traducen en un mecanismo perfecto y a esta rara condición une tal claridad de interpretación, tal justeza en la expresión y en la dosis de emotividad que da siempre al público la ejecución artística, perfecta y exacta, sea cualquiera el genero y la escuela de la obra interpretada. Así lo probó ayer tarde con sus ejecuciones artísticas, sobrias, delicadas, reñidas con todo efectismo de aquel conjunto abigarrado de composiciones firmadas por clásicos y ultramodernos.

De cinco a siete y media de la tarde, duró el concierto y en ese espacio de tiempo el elegante auditorio se mostró encantado de la agradabilísima sesión musical.»

El Noticiero, por su parte, se expresa en la forma siguiente:

«Cuando uno tropieza con un caso de amor al Arte sin tapujos ni melindres, antes al contrario, sano, sanísimo, de pura cepa, el contento se impone, el gesto de satisfacción es irremediable.

Ver cómo un hombre mimado por la fortuna, en sus mejores años, con hidalgo apellido y poseedor de un nobilísimo talento, se preocupa sin miras interesadas del Arte, concibiéndolo con toda pureza y cultivándolo ardorosamente, es ver algo insólito, algo no muy común, sin pareja probablemente en mucho tiempo.

El Arte es, sin duda alguna, una bella cosa, una bella disciplina. Mas en la mayoría de los casos, quien a él se dedica públicamente, lo

hace con fines un tanto bastardos si nos colocamos bajo el prisma de una estricta dialéctica esteticista.

Ir al Arte por ganarse la vida es algo que todos los días se ve y que, sin embargo, no tiene lógica explicación. Quien vaya en su busca y a su férula se acoja, debe ir provisto de un sólido fervor para nada entibiado o mancillado con el cálculo prosaico de glorias y *succés* más o menos productivos. Sólo cuando se ama al Arte por el Arte, es cuando se le llega a comprender y a poderlo hacer comprender a los demás, y el que de esa guisa tiene la suerte de cultivarlo, saboreará, y paladeará con delectación mucho más exquisita las dulzuras que aquel ofrenda a quien a él se le dedica.

El marqués de Roca-Verde, aristócrata vasco de rancia prosapia, ha tenido la dicha de hacer para la música y lograr dominarla. Y rebosante de amores por ella, dedica sus esfuerzos todos, con ejemplaridad diga de loa en épocas indiferentistas y enervadas para lo bello como la presente, al estudio del piano. Hoy es un maestro en éste, y sin otra guía que la de esa elevadísima afición, ostenta el caudal fecundísimo de su técnica impulsado tan sólo por el mismo sentimiento de popularizar y educar con refinamientos filarmónicos a los públicos que, merced a meritísimas entidades como la de Zaragoza, hallanse al nivel preciso para comprender y admirar las enjundiosas recitales de estos grandes maestros.

*
* * Leo de Silka obtuvo ayer un éxito franco, decisivo. Los aplausos que repetidamente oyó, pruébanlo y dan suficiente fe de ello.

Decir en qué obra descolló más, no es tarea fácil, porque en todas estuvo a la misma altura. Una altura bastante grande y desusada entre los profesionales que de cuando en cuando nos visitan.

Ante todo, se nos mostró Leo de Silka como temperamento de artista por excelencia. En todo momento dió testimonio de poseer un alma, una sensibilidad exquisita, supradelicada. En cada obra supo poner todo el fuego, toda la pasión que requería la factura sonora, brillante de unas o la dulzura y finura más en armonía con el tono idílico y apacible de otras.

Quien como él se dedica a la música exclusivamente por puro idealismo, tiene que penetrar con toda holgura en los misterios del pentágrama, para otros inexcruñables. De ahí la sincera emoción que sabe imprimir a sus oyentes en cuanto con mano firme pulsa las teclas del piano.

Además nos demostró una ejecución pasmosa, potentísima. En algunos pasajes cromatizó y realizó toda suerte de combinaciones y escalas con una facilidad admirable, prodigiosa. Los *abracadabrantismos* exóticos que rebosa la «Mazeppa», de Liszt, y los no pequeños escollos de que están llenas la «Balada» y la «Polonesa», de Liszt, salidos inimitablemente, con una rapidez y precisión y, sobre todo, con una limpieza tan impecable como si mejorara aquéllas.

Lo propio puede decirse del *allegro* de la «Sonata», de Beethoven, y del relativamente escabroso «Au clair de la lune», del supramodernista Debussy. Una y otra son páginas con más de un obstáculo, pero en ambas triunfó en toda la línea el artista.

El «Nocturno», de Chopin, bello y delicado trozo de gran ternura melódica, lo interpretó con todo el *amore* que exige su dulcedumbre, y lo mismo el «Andantino», de Schubert.

El «Puerto», con sus brusquedades algo amortiguadas en el piano, aunque no del todo sueltas, también le valió aplausos. Lo propio un precioso y coquetón capricho de Heuselt, «Si oiseau j'étais», composición risueña que dijo a las mil maravillas.

En fin, todo el programa obtuvo interpretación insuperable, y al fin, después de la horrible furia de tecleo y pedaleo que supone la creación Lisztiana, el público, puesto en pie, obligóle a tocar la jota, nuestro canto regional siempre arrogante y siempre bélico.»

*
* *

EUSKAL-ERRIA envía al insigne artista donostiarra la más entusiasta y calurosa felicitación, por ese brillante triunfo con que ha honrado el nombre de nuestro pueblo.

